



Julián López,
La ilusión de los mamíferos

(Buenos Aires, Literatura Random House, 2018, pp. 172,
ISBN 978-987-769-005-7)

por Emilia Perassi

Nací a la edad de 40 años, en la tarde soleada y fría del último día de julio de 1965, en la clínica Marini de la ciudad de Buenos Aires. Hijo de la progresía porteña, de una familia de clase media baja, tardé mucho para todo: en 2004 publiqué *Bienamado*, un libro de poemas, y en 2013 Eterna Cadencia publicó mi primera novela: *Una muchacha muy bella*.

Así condensa su biografía el propio Julián López, en ocasión del Festival Internacional de Literatura de Bariloche de 2017¹. Se la puede integrar con otros detalles: por ejemplo que sus textos, tanto poéticos como narrativos, han entrado a diversas antologías: *Luz y Fuerza* (Milena Caserola, Buenos Aires 2008), *Lo humanamente posible* (El fin de la noche,

¹ <http://filba.org.ar/filba-nacional/filba-nacional-bariloche-2017_59/participantes/lopez-julian_674> (2 de septiembre de 2018)



Buenos Aires 2008), *Golpes. Relatos y memorias de la dictadura* (Seix Barral, Buenos Aires 2016), *Estilo libre* (Loqueleo, Santillana, Buenos Aires 2018). Que su *Una muchacha muy bella* fue elegida novela del año por la Revista Ñ y en la encuesta de la editorial Eterna Cadencia, y se la editó también en Holanda, Francia y Estados Unidos. Que desde 2006 codirige, con Selva Almada y Alejandra Zina, el ciclo de lecturas Carne Argentina. Que ha estudiado cine ("pero en el siglo XIII", le precisa a Sebastián Llaneza durante un seminario sobre escritores². Que dicta talleres de escritura en la UNA.

No es fácil encontrar más datos sobre Julián López en la red, lo que parece sugerir la figura de un escritor discreto y austero, que mide cuidadosamente su tiempo, que no se deja avasallar por la máquina editorial o de la fama. En efecto, después del éxito de *Una muchacha muy bella*, son cuatro los años que transcurren antes de que llegue su segunda novela, *La ilusión de los mamíferos*, editada en 2018 por Literatura Random House.

El uso pausado del tiempo es propio de la escritura de Julián López, tanto en *Una muchacha* como en *La ilusión*. La lentitud y la profundidad de la focalización caracterizan un ritmo narrativo moroso, de cámara lenta. Un ritmo que edifica arquitecturas, espacios, volúmenes; que deja deambular con cuidado a los personajes entre los detalles de su vida, de su ambiente, de sus emociones. El efecto estilístico remite también a una arqueología. Las palabras escarban en un tiempo pasado para que vuelva a emerger su oscuro esplendor: si en *Una Muchacha muy bella* el relato rescataba la cotidianidad de los jóvenes de los setenta a través de un entramado de época que resucitaba maneras de vestir, mitos musicales, objetos y figuras de culto, en *La ilusión de los mamíferos* unas pinceladas intensas dibujan un escenario que se vuelve personaje: el de una Buenos Aires perdida y fantasmática, aventajada por una modernidad inmoral y corruptora. Sin embargo, este presente brutal no les impide a unos restos conmovedores asomarse por esquinas, paredes, horizontes: jacarandas que encienden el cielo, flores rústicas que crecen en las grietas de casas derrumbadas, atardeceres deslumbrantes. La nostalgia de la mirada encuentra en la escritura regeneración y presencia. Fija en la anécdota una memoria afectiva y emotiva que se materializa como en una foto sepia, viva entre las manos de quien la mira.

El afuera se suelda con el adentro a través del balcón de un departamento que funciona como segundo espacio narrativo: un balcón que es bisagra, umbral, frontera entre el mundo interno y el externo. Allí, cada domingo, dos hombres enamorados se sientan, conversan, desayunan, se despiden. Dejan que los atraviesen palabras y silencio, dolor y pasión. Como ya pasó con *Una muchacha muy bella*, esta también es una gran novela de amor: de un amor espléndido y luctuoso, profundo, desesperado, tierno. En 2013, lo que se celebró fue un canto de amor a una mamá desaparecida elevado por el niño protagonista. En 2018, la que Julián López escribe es una elegía a la muerte del amor entre dos hombres: un amor que al empezar la novela ya ha terminado. Un yo

² <http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/48328/Documento_completo.pdf?sequence=1> (2 de septiembre de 2018)



narrante, que solamente en una ocasión abandonará el pronombre y se pondrá la máscara de un nombre propio (Andrés Lamas), le relata al compañero ausente, perdido, la historia de la historia de la pasión que los unió. La forma de la narración se estructura alrededor de una sucesión de fragmentos en los que se rememoran los domingos de los encuentros. Los domingos: es decir, los únicos días posibles para este amor, ya que el amado es padre y esposo el resto de la semana.

Se trata de fragmentos que no implican necesariamente la dificultad de decir, la imposibilidad de encontrar continuidad y sentido entre los instantes que conforman una vida. Convocan más bien cierta forma de monólogo epistolar en que un yo se dirige, volviéndolo presente, al tú del otro, destilando la memoria de los encuentros. Sus elipsis son naturales: se elige contar el amor, no el desamor; se escoge relatar los momentos definitivos, sobresalientes, los cargados de significado. Fragmento, epístola, escena: cada capitulito capta el deseo de construir una cotidianidad allí donde solo hay la extraordinariedad de un amor cuyo futuro no será pródigo. Una coreografía de pequeños rituales provoca la ilusión de una intimidad, de una vida compartida que desde el principio se sabe imposible: el desayuno al llegar él, deliciosamente decimonónico en la decoración de la mesa; los pancitos y medialunas traídos desde ese afuera que no se puede habitar plenamente, y que entra a la casa con sus aromas antiguos y domésticos; el balcón en el que sentarse para mirar ese mundo inasequible, maravilloso y triste; los cuerpos tratando de individuar costumbres de coexistencia en el departamento; las palabras que se pueden decir y las que no, para no romper con el dolor de lo imposible la magia de este amor regalado por la vida. Pasos, gestos, miradas: cada acción mide, sondea, inspecciona las percusiones y repercusiones de un amor que es universal y homosexual, romántico y pornográfico, eufórico y melancólico. Un tratado sobre el amor en el siglo XXI: así la nombra acertadamente Flavia Pittella en la deliciosa cápsula que le dedica a la novela³. Un tratado en el que se reseñan los matices sutiles del dolor y del éxtasis, de la pérdida y del encuentro, del deseo y del vacío como tensión propia de la relación amorosa. Relación con el otro para conocerse a sí mismo: "estar con vos fue la manera más hermosa de mí" declara la voz narrante, una voz absolutamente lírica que sin embargo no habla en verso. El amor es la ilusión de los mamíferos: ilusión de reconocerse y de ser reconocido, de entregarse y de retirarse, de proyectarse y de volver en sí, en un movimiento vertiginoso y abismal que construye y destruye, que erige al sujeto y al mismo tiempo lo sujeta al rigor de la memoria imborrable de lo perdido.

La sofisticada dialéctica entre el yo y el otro fabrica un narrador que es al mismo tiempo excéntrico y centrado, que viaja incesantemente adentro y afuera de sí mismo, entregado al estudio de los movimientos íntimos suscitados por el otro, por los otros. Se trata de un narrador pseudoautobiográfico que explora su conciencia tratando de atrapar destellos de lo que fue y de lo que es. Constantes son las imágenes que remiten a la interioridad como cosmos, como galaxia interestelar, como constelación de planetas

³ <<https://www.infobae.com/cultura/2018/07/05/un-libro-para-recomendar-la-ilusion-de-los-mamiferos/>>
(2 de septiembre de 2018)



que son rostros, siendo la Tierra, la ciudad, la casa, el lugar donde esta multiplicidad se encarna, halla raíces, puntos de fijación, genealogías concretas. La navegación por estas profundidades encuentra en otras dos figuras su puerto de partida y de retorno: las del padre y de la "gran abuela". Parece conformarse así, de manera más completa, ese álbum familiar que había colocado su retrato fundacional, y en ese entonces exclusivo, en la madre de *Una muchacha muy bella*. Una madre muerta, tanto en la ficción como en la biografía real del escritor, cuya ausencia, en *La ilusión de los mamíferos*, es radical, irrevocable. Atravesados, vaciados por esta ausencia, los que ahora quedan en el relato son un padre misterioso y errático, perdido en el pozo del geriátrico, que le enseña al protagonista cómo se nombra el mundo, y una abuela poderosamente sabia, fuerte, inconforme, que le muestra lo habitable de la soledad, con tal de no perderse a sí mismo. Construida sobre las ruinas de la ausencia de la madre, esta familia desgarrada es la que testimonia un amor, para el hijo y para el "gran nieto", que no se ha dejado petrificar por el dolor, sino que le ha dejado abierta las puertas para que pueda vivir su deseo de ser.

Conmovedora, límpida, honestísima, esta novela vuelve a hablarnos de lo humano a través de la trama profunda de los sentimientos. De su dolorosa belleza, de su verdad.

Emilia Perassi

Università degli Studi di Milano

emilia.perassi@unimi.it